

# Testamento

**Patxi Larrainzar**

Como la guerra mundial está al caer y aquí no va a quedar vivo ni el Balentxi, mi familia, y sobre todo los sobrinos que se creen inmortales, me están insistiendo para que haga el testamento, por lo que pueda pasar. Deseandico que me muera, vaya, aunque sus apremios se disfracen de prevenir futuras discordias si muero sin testar. Claro, ellos ya saben que su tío es pobre, pero ahí está precisamente el morbo: que de los tíos pobretones se puede esperar cualquier sorpresa, incluso un fortunón en una rendija del sabayao y metido en el calcetín; pues ¿cómo se puede llegar a mi edad, y encima soltero, sin haber amasado unos cuantos millones, con la de oportunidades que ha habido en este país en las últimas décadas, y con lo listo que yo me creo? «Tú haz el testamento y nos dejas a todos tranquilos, ¿vale?».

Pues vale. Así que esta tarde de septiembre, el mes del clima más perfecto porque el cuerpo no se siente y el aire se bebe como una copa de champán, me voy a la orilla del Arga y hago dejación generosa de todas mis pertenencias, espirituales y materiales. Aquí constan.

– Cuando yo muera, decid a mis amigos que no me duele el irme de ellos, pues espero volver a encontrarlos, y ya sin el desgaste que produce la mirada deslizante de todos los días. Y aunque así no fuera, que tampoco me cuesta mucho dejarlos, pues lo que bien se quiere bien se abandona: y yo jamás los poseí para mí sino para ellos mismos.

Por esos, su amistad y aunque no hubiere eternidad, durará eternamente.

– Cuando yo muera, podéis decir a mis enemigos que los odié con el desinterés de quien piensa en su bien; y como creo que están equivocados, siento que estén perdiendo la vida y haciéndola perder a otros. Y por eso los denuesto. Y los detesto. Y les deseo el infierno: el mismo que ellos han fabricado para los demás.

– Cuando yo muera, decid por favor a las mujeres que las amé como se ama al paraíso perdido: siempre a su puerta suspirando por entrar, y deseando a la vez que jamás se abra, para poder seguir soñando. Porque ellas, digan lo que digan ellas mismas, son el paraíso.

– Cuando yo muera, podéis decir a mi jefe, el obispo, que lo espero desnudo detrás de las bambalinas del teatro, para recitar juntos y desnudos aquello del Eclesiastés: «*mataiotes mataiotecos kai panta mataiotes*», que todo es vanidad de vanidades. Y que después podremos ir juntos y desnudos a ver pasar los ángeles, también desnudos.

– Cuando yo muera, decid a los demonios que salgan de mis sótanos, que se introduzcan en los de otra alma menos escéptica, a ver si consiguen un poco más de formalidad y un poco menos de mala leche que en mi caso.

– Cuando yo muera, decid a los niños que se planten y no crezcan más, por favor, que renuncien como Peter Pan al caramelo del «cuando seas mayor». Porque nunca se llega a mayor, sino a repelente niño arrugado.

– Cuando yo muera, decid a los comunistas vergonzantes que se han equivocado de muro: que el que hay que derribar está en su propio corazón, allí donde la frondosidad del árbol capitalista no deja ver el bosque de la utopía incombustible. Que busquen en otra dirección.

– Cuando yo muera, podéis decir a los que han hecho la apuesta del insobornable Pascal que no se han equivocado en absoluto: pues si luego de esta vida hay otra, acertaron siendo honrados. Y si no la hay, total, sólo se han perdido cuatro fruslería píricas, que a la hora de la verdad valen mucho menos que un espíritu en paz consigo mismo.

– Cuando yo muera, decid al mundo occidental y cristiano que se detenga de una vez: no por mi muerte, no, sino porque ha tomado un camino encanallado, y está matando a millones de inocentes con su materialismo rampante y sus ideales horteras.

– Cuando yo muera, decid a los libros de mi biblioteca que ellos han sido mi más secreta lujuria: cuando abiertos, como un amante abierto; y cuando cerrados, como un arca de misterios llena.

– Cuando yo muera, decid a la música barroca que las más dulces lágrimas derramadas en mi vida han sido por su infinita belleza derramada. Y que si no lo admiten en el cielo, robaré la barca de Caronte y me iré en su busca hasta el coro de Santo Tomás de Leipzig: porque allí estará San Juan Sebastián Bach, y allí estará el cielo.

– Cuando yo muera, decid a todo el barrio que allá lo espero, a la orilla de aquel río de aguas de miel como la piel de un niño. Pescaremos un pez rubio cada día, y nos divertiremos eternamente contando escamitas de oro. Como los habitantes de Macondo.

– Cuando yo muera, sobrinos, perdonadme pero tendréis que decirle a la Caja de Ahorros que las 3.000 pesetas que tengo en la cartilla son tuyas: porque tanto enviarme arcos y resúmenes y situaciones de cuenta tan esmirriada, bien se han merecido el ser mis herederos.

– Cuando yo muera, os evitaré ir al cementerio pues ya sabéis que he dejado mi cuerpo a la facultad de medicina. Así que, echadme en la piscina de formol para que se cumpla mi más profundo anhelo: que los del Opus me toquen los cojones, y ya de paso se contagien con la gonorrea de la heterodoxia y el sida de la insurrección.

– Cuando yo muera, en fin, y ésta es mi última voluntad, no le digáis nada a nadie: sencillamente, vivid. Será el mejor homenaje que nos hagáis a los muertos, vivir con pasión la vida fastuosa y apasionante de este pueblo nuestro.

## Fallece en Iruñea el escritor y sacerdote Patxi Larrainzar

**Denostia**  
El escritor y sacerdote Patxi Larrainzar, colaborador habitual en las páginas de EGIN, falleció ayer en el Hospital "Virgen del Camino" de Iruñea, donde había ingresado el pasado 3 de marzo con fuertes dolores, y, según se supo tras serle practicada una intervención quirúrgica, un charco de sangre en el estómago, por lo que se piensa que se trató de una afección de páncreas, si bien este extremo no fue confirmado y se le pensaba practicar la autopsia.

La evolución de Patxi Larrainzar fue regular y, a pesar de una ligera mejoría experimentada el pasado miércoles, entró en estado de coma hasta que dio un escríptograma plano.

Los funerales tendrán lugar hoy, a las 7,30 de la tarde, en la parroquia de El Salvador, de la que era párroco, labor que compaginaba con su tarea literaria.

Nacido en Ricón hace 56 años, empezó a escribir cuando todavía era muy joven. Su primer libro, "Es peligroso creer en Dios", lo escribió durante los años que pasó en la Universidad Católica de Chile, entre 1963 y 1968. Cuando volvió a Iruñea, contactó con Valentín Rodin, quien por aquel entonces estaba en el grupo de teatro El Lebré, y escribió la obra "Carlino y música colonial". Le seguirían "Navarra sola o con leche", "Utrinqué roditor" y "Pamplona Circus", todas ellas reconocidas por El Lebré, además de otros textos para distintos grupos e instituciones.

Aunque hace unos años abandonó la producción teatral, siguió cultivando la narrativa. En 1983 escribió "Diario suburbano de Pamplona", al que hace unos tres años siguió su obra más extensa, "Cronicas secretas del Reino de Navarra". Su último libro, "Pamplona se hunde y otros chandrios", se publicó hacia mayo del año pasado, y en él recogió una selección



Patxi Larrainzar era un colaborador habitual en las páginas de EGIN.

ARCHIVO

de historias, viñetas, cavilaciones y monólogos que comienzan con una reflexión sobre lo que podría pasar en el caso de que la capital navarra se hundiera y finalizaran con un "apéndice clerical".

Precisamente, la otra faceta de Patxi Larrainzar era la de clérigo. Hasta el último momento estuvo de párroco en la iglesia de El Sal-

vador, en el barrio pamplonés de La Rotopeta, y desde hace muchos años se le incluía en ese grupo que algunos llamaban "curas rojos". Uno que pasar siete veces por comisaría y cuatro dos veces en las llamadas "órdenes para curas", en el Monasterio de la Oliva y en el Verbo Divino. Eras tiempos en los que parte del clero hacía, según solía decir, "labor de sapiencia, se

aprovechó el micrófono para hacer lo que otros no podían hacer".

### Librarse del agobio del poder

En una entrevista concedida a EGIN, periódico en el que colaboraba de forma habitual, con motivo de la aparición de "Pamplona se hunde y otros chandrios", Patxi Larrainzar, para quien escribir era una droga, afirmaba que la literatura

era "una forma de liberarse del agobio que produce el poder, escape de su imposición, desentramando al mismo tiempo lo rítmico que resulta, porque es rítmico que se crea los años del mundo". Qué por eso le gustaban los libros de escritores que emplean el humor, la ironía y la mala leche, si bien tenía claro que el autor mismo es el del Génesis "porque con cuatro cuencos se descubre la estructura del ser humano".

Pensaba también que, en una época en la que se lee poco, es necesario darle al lector "cosas muy digeribles, que le expone poco y no le apesimicen su estructura férrea". Así intentaba hacer él en las recopilaciones de historias de su barrio, La Rotopeta, o del resto de Iruñea, así como en los dos folios "de cosas de poca importancia" que escribía diariamente.

Denostia Larrainzar en la citada entrevista que el poder "sigue haciendo de las suyas, pero hoy con más soltura, con más vicio, por lo que, en su opinión, es necesario desentramarlo, ya que "no sólo corrompe al que lo tiene, sino también al ciudadano". Definía la democracia como "un gran invento" y afirmaba con tapujos que en Navarra "no se cuenta con el pueblo, se quiere imponer todo por la fuerza y el que se opone a sus bestialidades no es progresista". A pesar de todo, estaba encantado de vivir en Iruñea, "un pueblo vivo, una vida".

No tenía ninguna duda Patxi Larrainzar de que el oficio de cura había influido en su obra literaria y era consciente de que algunos le consideraban un esotérico. "Al final -decía- se sale el hombre moralizante que es un clérigo, aunque en este caso me soy solventado". Sin embargo, también pensaba que lo de ser cura tiene sus ventajas "porque en general se llega la musca, se llega mucho del déficit humano, los reos del sufrimiento".

## Testamento

Como la guerra mundial está al caer y aquí no va a quedar vivo ni el Balemi, mi familia, y sobre todo los sobrinos que se crean inmortales, me están insistiendo para que haga el testamento, por lo que puedo pasar. Desentando que me muera, voy, aunque sus aprensos se dirigen de prevenir futuras discordias si muero sin testar. Claro, ellos ya saben que su tío es pobre, pero ahí está precisamente el motivo: que de los tios pobreros se puede esperar cualquier sorpresa, incluso un fortuito en una rendija del sobayo y medio en el colchón, por lo cómo se puede ir a su edad, y encima sabiendo haber amasado unos cuantos miles, con la de oportunidades que he habido en este país en las últimas décadas, y con lo listo que yo soy: ¿Tá haz el testamento y no te dejas a todos tranquilos, ¿no?

Pues vale. Así que esta tarde de septiembre, el mes de clima más perfecto porque el cuerpo no se siente y el aire se bebe como una copa de champán, me voy a la villa del Arga y hago dejación generosa de todas mis pertenencias, espirituales y materiales. Aquí constan:

—Cuando yo muera, decid a mis amigos que no me duela el amor de ellos, pues espero volver a encontrarlos, y ya sin el desgaste que produce la mirada delirante de todos los días. Y aunque así no fuera, que tampoco me cuesta mucho dejarlos, pues lo que bien se quiere bien se abandona; y yo jamás los poseí para mí sino para ellos mismos.

Por eso, su amistad y aunque no hubiere eternidad, durará eternamente.

—Cuando yo muera, podéis decir a mis enemigos que los odio con el desinterés de quien piensa en su bien, y como creo que están equivocados, siento que están perdiendo la vida y haciéndola perder a otros. Y por eso los desato. Y los desato. Y les desato el infierno; el mismo que ellos han fabricado para los demás.

—Cuando yo muera, decid por favor a las mujeres que las amo como se ama al paraiso perdido: siempre a su puerta suspirando por entrar, y desatando a la vez que jamás se abra, para poder seguir solando. Porque ellas, digan lo que digan ellas mismas, son el paraiso.

—Cuando yo muera, podéis decir a mi jefe, el obispo, que lo espero

desnudo detrás de las bambalinas del teatro, para recitar justos y desnudos seguellos del fideicomiso: "¡malditos malditos! ¡malditos malditos! ¡malditos malditos! ¡malditos malditos! ¡malditos malditos!". Que todo es vanidad de vanidades. Y que después podremos ir juntos y desnudos a ver pasar ángels, también desnudos.

—Cuando yo muera, decid a los demonios que salgan de mis sótanos, que se introduzcan en los de otra alma menos ecclética, a ver si consiguen un poco más de formalidad y un poco menos de mala leche que en mi caso.

—Cuando yo muera, decid a los niños que se platan y no crezcan más, por favor, que renuncien como Peter Pan al caramelo del "cuando iras mayor". Porque nunca se llega a mayor sino a repetido niño arrojado.

—Cuando yo muera, decid a los comunistas vergonzantes que se han equivocado de muro: que el que hay que derribar está en su propio corazón, allí donde la frondosidad del árbol capitalista no deja ver el bosque de la utopía incombustible. Que busquen en otra dirección.

—Cuando yo muera, podéis decir a los que han hecho la apuesta del insobornable Pascal que no se han equivocado en absoluto: pues si

largo de esta vida hay otra, acertaron siendo honrados. Y si no la hay, total, sólo se han perdido cuatro frías frías frías, que a la hora de la verdad valen mucho menos que un caprino en paz consigo mismo.

—Cuando yo muera, decid al mundo occidental y cristiano que se detenga de una vez: no por mi muerte, no, sino porque ha tomado un camino encanallado, y está matando a millones de inocentes con su materialismo rampante y sus ideales horribles.

—Cuando yo muera, decid a los libros de mi biblioteca que ellos han sido mi más secreta leparia: cuando abiertos, como un amante abierto; y cuando cerrados, como un arca de misterios llenos.

—Cuando yo muera, decid a la música barroca que los más dulces lágrimas derramadas en mi vida han sido por su infinita belleza derramada. Y que si no la admiten en el cielo, robaré la barca de Caronte y me iré en su busca hasta el cono de Sta. Tomás en Leipzig: porque allí estará Juan Sebastián Bach, y allí estará el cielo.

—Cuando yo muera, decid a todo el barrio que allí lo espero, a la orilla

de aquel otro río de aguas de marl como la piel de un niño. Pescaremos un par rubio cada día, y nos divertiremos eternamente contando escamitas de oro. Como los habitantes de Macondo.

—Cuando yo muera, sobrinos, perdóname pero tendréis que decirle a la Caja de Ahorros que las 3.000 pesetas que tengo en la cartilla son tuyas: porque tanto curarme arqueos y tratamientos y situaciones de cuenta tan emiserada, bien se han merecido el ser mis herederos.

—Cuando yo muera, os evitaré ir al cementerio pues ya sabéis que he dejado mi cuerpo a la facultad de medicina. Así que, echadme en la piscina de formol para que se cuajen mi más profundo anhelo: que los del Opus me toquen los cojones, y ya de paso se contagien con la gosevera de la heterodoxia y el vida de la insurrección.

—Cuando yo muera, en fin, y ésta es mi última voluntad, no le digan nada a nadie: sencillamente, vivid. Será el mejor homenaje que nos hagáis a los muertos, vivir con pasión la vida fatuosa y apesimada de este pueblo nuestro.

PATXI LARRAINZAR